

EL LECTOR DE LINAJES

Elena Cabanelas Zuriaga

Gracias a León por animarme y darme ideas, por ayudarme con la portada y los dragones y por tener paciencia con mis raptos poéticos.

Gracias a Montse por esas largas noches de lectura interactiva, por hacerme ver la luz y hacerme borrar esa horrible reunión de nobles, entre otras cosas.

Gracias a Raquel por ayudarme a salir del embrollo en que me metí con el episodio de la serrana.

Gracias a Gemma por ayudarme con la documentación histórica sobre vestimenta.

ÍNDICE

I RECUERDE EL ALMA DORMIDA 9

II EL ENDRIAGO 18

III TRIPLE MAGNICIDIO 38

IV EQUITES IMPERIALES 45

V HIERBAS DE BALLESTERO 51

VI REZUMES 66

VII DESTIERRO ILUSORIO 78

VIII ÁLVARO DE SALVATIERRA 83

IX LAZOS DE SANGRE 97

X ENTRE LA ESPADA Y LA PARED 114

XI PERROS DE PRESA 128

XII FUEGO GRIEGO 142

XIII TRINIDAD 160

XIV LA CASA DEL MAR	162
XV DON DE LENGUAS	174
XVI MILICIA	188
XVII EL IMPOSTOR	196
XVIII ALBRICIAS	207
XIX EL AHÍTEPUDRAS	218
XX VUELO DE DRAGONES	225
XXI EL SECRETO DEL MARQUÉS	234
XXII CONFLICTO DE INTERESES	252
XXIII MUNIFICENCIA	276
XXIV LA PLUMA	280
XXV NOCHE TOLEDANA	289
XXVI ALLIUM CEPA	308
XXVII OTRO LECTOR, OTRO LINAJE.	334
MAPA	349

I

RECOERDE EL ALMA DORMIDA

-Capitán, suerte que aún no habéis partido. El consejo os manda llamar.

El capitán se volvió al oír la llamada. Era un hombre alto, de unos cuarenta y cinco años, constitución fuerte y mirada sincera. Sus ojos eran negros, igual que su cabello, y su porte noble y orgulloso. Su actitud era tranquila y amable, aunque, en ocasiones, se despertaba en él un halo de tristeza penetrante, como si algo sucedido en el pasado, lo hubiera marcado profundamente.

-Ya he hablado con ellos. Apenas hace que los he dejado, el tiempo justo para reunir a mis hombres, recoger las provisiones y disponerlo todo para la marcha. Debemos estar en el buj esta misma noche.

-Lo sé señor pero es importante. Ha llegado un heraldo del norte. Los consejeros consideran que vuestra presencia puede ser crucial.

-Está bien. ¡Fernán! ¡Daniel!

-¿Señor?

-Acabad de prepararlo todo. Estad alerta. En cuanto salga de la reunión, partiremos.

-A la orden, mi capitán.

El ujier lo condujo al palacio por las estrechas callejuelas empedradas que formaban la alcazaba. A izquierda y derecha, iban dejando elevados edificios de piedra labrada, con dinteles y marcos damasquinados. Todos estaban realizados en materiales nobles. Desde la piedra que formaba la propia cima dónde se enclavaban, hasta los más ricos mármoles, ópalos y alabastros que adornaban las impresionantes casas solariegas,

heredades del los ricos-hombres. Pasaron junto a una de las torres que se elevaba inquisidora hacia el firmamento, como si pudiese otear cualquier cosa que tuviera lugar en el cielo, o en la tierra. En el recinto había seis cubos más. Cada uno de ellos, gozaba de una visibilidad inmejorable, y estaba equipado de catalejos de doble singladura y otras herramientas especiales, tanto de vigilancia, como de defensa. Atravesaron las calles de un par de gremios donde artesanos y comerciantes, trabajaban sin descanso para ofrecer a sus paisanos lo mejor. Talleres donde tejedores expertos realizaban el milagro de que un jubón o una almilla permitiera a su dueño extender las alas sin necesidad de desnudarse. Obradores musicales, donde maestros del sonido, fabricaban los monocordios, aquellas maravillas que permitían comprender los misterios de otras lenguas. Forjas, cesterías, colmados...

Estaban llegando. El Palacio de Alabastro era un prodigio singular. Recibía su nombre del material que formaba sus paredes cuya talla, de diseño único, estaba expresamente concebida para dejar pasar la luz del día. Todo en el edificio era de una belleza exquisita. Delgadas láminas de plata engarzadas con hilos de oro, bordeaban sus delicados y estrechos ventanales, cubiertos por primorosas vidrieras. Sus puertas labradas en abenuz y otras maderas nobles, dejaban sin aliento a aquel que las contemplaba...eso y mucho más era el Palacio de Alabastro.

El capitán y su guía franquearon la entrada, y se dirigieron a la sala de cónclaves. Era una cámara amplia, con minúsculas ventanas verticales a modo de lumberras. El consejo se hallaba reunido alrededor de una mesa circular de madera de cedro. Junto a ellos, un joven mensajero daba muestras de creciente nerviosismo. Le recordó a él mismo hacía unos años cuando, siendo alférez del rey, tuvo que transmitir aquel amargo mensaje a su esposa. Esperaba, por el bien de todos, que las circunstancias de su visita no fueran parecidas a las que le habían acontecido entonces.

-Ah, ya estáis aquí José. Os estábamos esperando.

-Señor vuestro ujier me ha dicho que habían llegado nuevas del norte.

-Así es, este joven estaba a punto de transmitir las. Me temo que no pidió albricias, precisamente.-el Maestre de Clanes se dirigió al muchacho-Podéis comenzar. Os escuchamos.

El heraldo miró con turbación a los presentes. La cámara del concejo estaba formada por nueve ministros, representantes de todos los linajes, y el Maestre de Clanes, elegido entre los más sabios por votación. Cada uno de los presentes lo miraba con interés, y el pobre muchacho no sabía cómo empezar.

-¿Qué es lo que sucede?-El capitán tomó la palabra. Podía entender perfectamente cómo se sentía el nuncio.-Debe ser bastante grave cuando no sabéis cómo explicarlo. ¿Acaso el Emperador ha vuelto a atacar?

-No...sí...no lo hizo cómo de costumbre.

-¿Qué es lo que intentáis decir?

-Ha cambiado el clima, señor, parece cosa de brujería. Los animales se comportan de manera extraña. En contra de las leyes de la naturaleza. Se oyen sus voces a todas horas. En cuanto a las plantas...están invadiéndolo todo. Las tropas imperiales están como locas. Pretenden encontrar un responsable. Me mandaron venir en cuanto arrasaron la primera aldea.

-¿Cuánto hace de eso?-Requirió el representante del Quebrantahuesos, un hombre alto y delgado, con una larga y cuidada barba gris.

-Las temperaturas empezaron a cambiar hace un par de días, pero la vorágine se desencadenó anoche.

-Está bien, ve a darte un baño y a descansar un rato. Mañana temprano partirás con la respuesta.-El

maestre de Clanes estaba visiblemente preocupado, pero no quiso asustar más al muchacho.

-Una cosa más...

-¿Sí?

-El glaciar parece ser la causa.

El glaciar... José retrocedió veinte años. Aquel fue el lugar de su última campaña bajo las órdenes del rey. Todavía le dolía recordarlo, tanto, que su sola mención hizo que le pareciera estar allí de nuevo.

Él era entonces un joven alférez, como debía serlo el heraldo que acababa de salir. Partió con las tropas de élite, dejando a su esposa a punto de dar a luz al menor de sus hijos. Las nuevas que habían llegado, parecían poner en peligro la vida de todos y, pese al dolor que le producía dejarla sola en aquel trance, deseó, más que nada, proteger a su familia. No era más que una trampa. El aviso recibido en palacio era parte de una meticulosa emboscada. Un ejército de sorbedores de luz les estaba esperando en aquella oscura quebrada que, desde entonces, recibió el nombre de Valle de la Muerte. Jamás se vio carnicería igual, ni más indigna. Les atacaron con cobardía, durante el sueño, despojando de energía a sus víctimas, sin darles la más mínima opción de defenderse. Una densa y oscura niebla polar cubrió por completo el campamento. En unos instantes, ya no quedaba nada. Sólo unos lúgubres despojos salpicando el valle, carcasas vacías de lo que, poco antes, había sido una tropa de valerosos y nobles guerreros.

Recordó haber despertado presa del pánico, mientras una punzada hiriente y fría parecía atravesarle el pecho. Sólo una cosa le mantuvo con vida. El firme deseo de volver a casa. Besar a su mujer, conocer al pequeño, jugar con sus hijos.... Miró alrededor y sólo vio muerte. Buscó a los vigías, esperando que alguno hubiese escapado con vida. Fue inútil. Yacían junto a los

otros, con la expresión inerte y aterrada de los que han visto venir a la muerte de frente.

Le pareció que alguien se movía. En efecto, junto a una de las tiendas, había un hombre sentado, con los brazos apoyados sobre las rodillas y el rostro protegido entre las manos. Su aspecto era de desesperación e impotencia. Sus ropas eran lujosas y estaban intactas, como las del resto de la compañía. Pero él estaba vivo. Cuando se acercó, quedó profundamente afectado. Conocía a aquel hombre. Era optimista y perseverante. Había que ser muy valiente para mantener la paz y no perder la esperanza ni la razón ante los problemas. José siempre lo había admirado por eso. Ahora estaba destrozado. Aún tomando todas las precauciones posibles, había llevado a aquellos hombres a la muerte. Alzó la vista y se encontró con su alférez. Esbozó para él una trágica y desalentada sonrisa.

-Por lo menos hemos salvado el estandarte-dijo.-
¿Lo ha superado alguien más?

-No, majestad, sólo nosotros dos.

-¡José! ¡José! ¿Os encontráis bien?-Los consejeros lo miraban preocupados.

-Sí es sólo...-dirigió una expresiva, asustada mirada a la representante de su clan, que lo observó con especial alarma -Ahora debo partir, he de informar a mis hombres cuanto antes. Os ruego que me mantengáis al tanto de las nuevas al respecto.

El capitán salió del palacio como una exhalación. Recorrió velozmente el camino de vuelta a los almacenes donde le esperaban sus hombres, tal y cómo les había ordenado. Partieron de inmediato. Viajaron toda la noche para llegar al buj poco después del alba. Les sorprendió no encontrar a nadie en pie. El carácter secreto del puesto, y su situación privilegiadamente inaccesible desde tierra, hacían innecesario tener un

hombre de guardia permanente, pero a esas horas, solían estar ya levantados.

El capitán se acercó al pasillo que conducía a las celdas y dio voces. No obtuvo respuesta inmediata. Al fin, uno de sus hombres salió desparezándose con lentitud. Presentaba un aspecto verdaderamente lamentable. Parecía cansado y dolorido, sus ropas estaban arrugadas y su cabello revuelto. Su rostro, de natural alegre y saludable, hacía ostentación de su falta de sueño, a través de unas pronunciadas ojeras, y de una barba incipiente, que hubiera tenido que rasurar.

-Pedro... ¿Se puede saber qué ha pasado aquí?

-Hemos tenido imprevistos. Hay dos mensajeros. Uno de ellos está grave. Lo hemos estado velando.

-¿Mensajeros dices? ¿De cuál de nuestras colonias?

-De ninguna, señor. Son dragones.

-¿Dragones? —replicó el capitán perplejo—¿Me estás diciendo que aún quedan dragones?

-Sí, señor.

-No puede ser ¿Estás seguro de que no es un truco?

- No señor. Preguntad a vuestro hijo, él fue quien los trajo.

-Está bien, te creo, pero aún así, no entiendo qué podrían querer de nosotros los dragones. Siempre se mantuvieron al margen.

-No lo sé, señor, pero traen un mensaje para vos.

-Eso sí que es una novedad. No conozco a ningún dragón. ¿Estás seguro de que es para mí, el mensaje?

-Totalmente. La chica dio vuestro nombre completo.

-¿Dónde está ahora?

-En el cuarto del fondo. Acaba de volver a dormirse. Ha sido una noche dura. Es mejor dejarla descansar. Mientras almorzamos, os contaré lo sucedido.



Jimena se había quedado preocupada. No le gustó nada la forma en que su marido abandonó la sala de cónclaves, y mucho menos aún, la manera en que dejó la ciudad. Debería haber hablado con ella, si no como su mujer, sí como la representante de su clan. Llevaba ya casi un año como consejera, y la verdad era que cada vez le gustaba menos. Añoraba su antiguo trabajo como médico en la compañía de su esposo, pero todo ciudadano estaba sujeto a elección, y no podía negarse a ocupar el cargo, al menos, no la primera vez. Tendría que desempeñarlo lo mejor que pudiese hasta que finalizara el plazo, y para eso, todavía faltaba más de lo que había ejercido. No pensaba renovar hasta el lustro, pero el bienio se le hacía eterno. Ansiaba recuperar su vida.

Seguía pensando en su marido. Desde que fuera elegida, apenas lo veía, y lo peor era que, la mayoría de las veces, lo hacía en actos públicos, lo que hacía imposible cualquier manifestación de afecto. En realidad era eso lo que la estaba matando, nunca había sido una mujer fría. José estaba asustado. Pudo verlo en sus ojos cuando la miró, justo antes de abandonar la sala. Ese maldito glaciador no le había traído más que problemas. Toda su relación con él había sido traumática. Aún recordaba con claridad cómo temblaba cuando regresó de la última campaña del rey. No dijo nada hasta que nació su hijo, pero poco después se desmoronó.

<<Lo han cogido>> había dicho tras asegurarse de que ella y el niño estaban bien. <<Iban directamente hacia él. Escuchábamos acercarse el sonido de las espadas golpeando los broqueles. Todos a la vez, en un avance rítmico y atronador que te perforaba los tímpanos, y te convertía en puro estremecimiento. Nos rodearon al instante, surgidos en un suspiro de lo más oscuro de la nada. A mí ni me vieron. Sus inermes ojos vacíos parecían atravesar mi cuerpo para prestar

atención, única y exclusivamente, al rey. ¡Pude haberle salvado! ¡Pude haber cargado con él, elevándolo lejos de aquel ejército siniestro! Tú nos los has visto, Jimena, harían palidecer al miedo. No sé qué clase de tropa sea esa, pero parece haber regresado del último y más arcano rincón de la ultratumba... El Rey se negó a ser rescatado. Dijo, que si me lo llevaba nos matarían a los dos. Tenía razón. Se abalanzaron sobre él impidiéndole cualquier posibilidad de escape. Yo, en cambio, pude pasar entre ellos sin la más mínima dificultad. Su majestad me dijo que no lo querían muerto, de lo contrario se hubiesen encargado de ello los sobredores, pero ni tan siquiera se le habían aproximado. Había algo más en todo aquello, y mi deber era alertar a la Reina, informándola de lo sucedido.

Despegué con el miedo adherido a la piel. No tuve el valor de volver la vista hacia el valle, no hasta que no hube alcanzado una altitud considerable. Justo para contemplar cómo, con un par de turbadores y gélidos destellos, aquella quebrada funesta se convertía, lentamente, en un inquietante glaciar>>.

Había pensado que se le moría. Sufría accesos de pánico y falta de sueño, de repente se quedaba quieto, perdido, ausente, con espíritu y cuerpo zozobrando entre la realidad y los terrores que le había producido tan terrible experiencia, con ataques de culpa...Tuvo que aplicar todos sus conocimientos médicos para calmarlo y, aún así, le costó conseguirlo. Estaba convencida de que, a no ser por los niños, no lo habría logrado.

Jimena se calzó las botas de viaje, y se ajustó el jubón y la capa. Debía partir de inmediato si quería llegar al destacamento antes que el sol llegara a lo alto, de lo contrario, debería desplazarse por los carriles convencionales, lo que resultaba sumamente peligroso. Mandó recado al Maestre de que tenía que ausentarse por asuntos de su clan. Tenía que hablar con José. Algo

estaba agitándose de nuevo y, a juzgar por los últimos indicios, no parecía ser nada bueno. ¿O tal vez sí? Algo capaz de inquietar de esa manera al Imperio pudiera ser que en el fondo no fuera tan malo... o eso, o era que se trataba de algo mucho peor.

II EL ENDRIAGO

-La noche vino enlazada de lluvia y viento. No me gustó. Había en ella algo sobrecogedor, algo oscuro venido de los confines del tiempo. Pude confirmarlo en cuanto entré. La taberna estaba más silenciosa de lo habitual. Los hombres conversaban en voz baja, en lugar de hacerlo a gritos, como era su costumbre. No era de extrañar. La Guardia Imperial estaba allí.

Aún así, el silencio me pareció excesivo. Atravesé con discreción el local, y me senté en una de las mesas laterales, junto a los otros jornaleros. Me las ingenié para poder ver bien a las tropas sin que ellas repararan en mí, y procuraba escuchar sin parecer entrometido. No fue difícil, estaban completamente borrachos. Alardeaban a voz en grito sobre sus hazañas, lo normal, pensé. Pero esta vez la información que iban pregonando era preocupante. Habían entrado en La Umbría.

Entonces comprendí. El hombre ni siquiera era consciente de lo que había visto. Un endriago, dijo. Los otros decían que estaba borracho. Él, juraba y perjuraba, que un grandísimo hombre pájaro, saltó sobre ellos cuando perseguían a una vulgar prostituta. Las prostitutas no van a La Umbría. Son demasiado sensatas. Afortunadamente, eso lo sabían todos, y no le creyeron. Le acusaron de mentiroso. El pobre hombre repetía, una y otra vez, que la mujer le arrancó el yelmo de un zarpazo. Encima de indiscreto, cabezón. Luego volvía de nuevo con lo del endriago. Que si medía más de tres metros, que si llevaba una cachiporra descomunal... ya sabes. Tuve que intimidarlo. No en público, por supuesto. Esperé a que saliera y lo seguí. Lo abordé en un callejón oscuro, decorándolo con paciencia de ecos, ruidos y murmullos. Aguardé a sobrecogerlo y,

llegado el momento, me coloqué a su espalda, y desplegué las alas a contraluz para que pudiera ver mi sombra agigantada. Luego, modifiqué mi voz hasta hacerla más estentórea, y le amenacé con volver a por él si decía una sola palabra. Lo rematé con una espectacular, aunque discreta, huída aérea. Estaba tan asustado, que no creo que reconociera habernos visto, aunque estuviéramos totalmente visibles ante docenas de testigos.

Calló un momento antes de consultar a su interlocutor. Era un muchacho escuálido, de cabello fino y claro y elevada estatura. Parecía que lo hubiesen estirado más de la cuenta y sus articulaciones fueran a desencajarse al menor movimiento. Lo miraba confuso y preocupado, como quien calla algo que no acaba de saber si debe ser revelado.

-Ha habido irregularidades en el bosque ¿No es cierto?

El muchacho asintió, pero no articuló palabra. Lope siempre le había infundido respeto.

-Escúchame, Manrique, han estado a un paso de descubrirnos ¿Sabes las consecuencias que podría tener eso?

-Sí.

-¿Entonces? ¿Se puede saber en qué estabais pensando? Podría costarnos la vida a todos.

-Lo sé. Pero no era yo el que estaba en el bosque.

-¿Quién entonces, Daniel?

Manrique negó con la cabeza.

-No ha sido ningún aprendiz.

-¡Ahora si que ya no entiendo nada! Anda, cuéntamelo. Espero que los motivos lo valgan, porque si

no, cogeré al imprudente que se haya dejado ver, y te aseguro que se le van a quitar las ganas de lucirse.

-Fue Diego, él hizo la guardia.-dijo el muchacho, aliviado de no tener que ver en el asunto.

-¿Diego? No puedo creerlo, ¿Nos pone en peligro por evitar una batida corriente? ¿Desde cuándo se entromete en los asuntos del Imperio?

-No tuvo alternativa. Estaban persiguiendo un dragón.

-¿Un dragón? ¡Vamos Manrique, no me tomes el pelo!

El muchacho permaneció en silencio y lo miró muy serio, consiguiendo que Lope lo creyera.

-Pero...eso no fue lo que dijeron los guardias.

-Naturalmente, se supone que se han extinguido.

-Pero, ¿Para qué podían querer ellos un dragón?

-No lo sé. Ya sabes que el Emperador no es trigo limpio. Diego está dentro, con la chica.

-¿La chica? Pero no habías dicho que...

-Iré a reemplazarlo. Será mejor que te lo explique él.

El muchacho abandonó la estancia y atravesó una de las puertas del fondo. Al poco, apareció un joven más alto, aunque al paso que crecía el muchacho no lo sería por mucho tiempo. Vestía como sus compañeros, ropa de rastreo adecuada a su condición social. Calza y calzón negros, botas flexibles de piel de vaca y aljuba gris. Su cabello, corto como mandaban las leyes, era oscuro, prácticamente negro, al igual que sus ojos.

-Manrique me ha dicho que querías verme.-dijo con un tono cansado.

-Así es. He oído rumores en la aldea. No podía creerlo. Me han dicho que fuiste tú. ¿Qué pasó?

-Perseguían un dragón. Un ejemplar joven, casi un cachorro. Tenía un hermoso color verde plateado. Lo vi desaparecer en la espesura, tras los primeros árboles,

atravesado por una saeta. No puedo apartar su grito de mi mente. El bosque retumbó y pude escuchar el golpe seco de su caída. Pero no estaba allí. Los soldados buscaron por todas partes. Y yo también. Había desaparecido sin dejar rastro. Salvo la chica.

-Háblame de ella.

-Apareció tras unos arbustos. Parecía como si hubiese hecho un esfuerzo terrible, jadeaba, le costaba muchísimo respirar...miraba como si tuviera prisa. No sé, fue una sensación muy extraña. La tropa la tomó con ella. Querían una compensación por la presa perdida. Eran cinco contra una. Tuve que ayudarla.

-He oído que estuvo arrancando yelmos.

-Es cierto. Uno de los soldados intentó subirla al caballo, ella se revolvió, y el yelmo salió volando como si fuera una pluma. Por un momento pensé que era el dragón. Pero no está herida, y sus manos son absolutamente normales, aunque juraría que al golpear al jinete tenía garras.

-Así que la rescataste... ¿Qué dijo ella al respecto?

-Nada. Empezó a ponerse pálida y se desmayó. Tiene temblores. No mejora con ninguno de nuestros remedios. A veces delira. Parece que quiere decirnos algo, pero enseguida se desvanece y le vuelven los temblores.

-¿Qué pensáis hacer?

-No lo sé, Lope, lleva así desde que la traje anoche, la fiebre no le baja con nada. No consigo entender qué le pasa.

-¿Por qué la trajiste aquí? Sabes de sobra que es peligroso.

-Llevaba un mensaje con el sello del rey.

-¿Qué?

-Lo que oyes.

-¿Lo has abierto?

-No. Esperaré a que se recupere.

-¿Y si no lo hace?

-Entonces veremos.

-Pareces cansado.

-No he dormido, he estado toda la noche con ella.

-¿Y Manrique?

-Me ha estado ayudando, pero no es más que un aprendiz, no podía dejarlo solo.

-Será mejor que vayas a descansar un poco. Yo me quedaré con ella.

-Pero por la mañana debes ocupar tu puesto, si pierdes el jornal, nos quedaremos sin informante.

-No te hagas ilusiones. Sólo serán un par de horas.

-¿Seguro?

-Por supuesto. No te preocupes, yo me ocuparé de todo.

-Gracias Lope.

-Anda, vete ya.

Lope observó cómo su amigo abandonaba la estancia, y fue a buscar a Manrique. El muchacho se encontraba en una habitación muy pequeña, la más interior, la más protegida. En ella sólo había un catre, una silla y una pequeña mesita donde habían dejado las cosas de la joven. Pudo distinguir el sobre con el sello real. Algo realmente sorprendente. Junto a la carta, estaban el resto de sus objetos personales, cuidadosamente colocados en una cajita. Diego era muy meticuloso, así que, cuando despertase, no le faltaría nada.

Manrique la miraba dormir. Se había sentado junto a la cama y hacía esfuerzos por no cabecear. Tan sólo era un muchacho, pero era un ayudante excepcional. Su cabello revuelto pedía a gritos un peine, pero no tanto como una buena almohada. Sus ojos se posaron en Lope.

-Es extraña-dijo.

-¿Qué quieres decir?

-No lo sé. No duerme como las demás mujeres.

-Cualquiera que te oiga, diría que has visto muchas.

El muchacho se sonrojó.

-Mi hermana duerme distinto. No sé, ésta es como, si al dormir, creciera.

-¿Qué?

-Cuando Diego la trajo me pareció que abultaba menos. Además, tiene un color raro.

-Tú si que estás raro-dijo mirando a la joven- ¿Hay alguien más en la torre?

-No, Pedro está de guardia. Los demás fueron a por el suministro, volverán mañana.

-¿No tenéis reserva?

-No contábamos con algo así. De no ser por la chica, Diego y yo estaríamos libres, pero ha pasado toda la noche con fiebres.

-Lo sé. Diego me lo dijo. ¿Tan mal está?

-Parece que sí.

La joven experimentó una tremenda sacudida y un sudor frío empezó a resbalar por su frente.

-¡Otra vez no!

Las convulsiones se hicieron más fuertes y empezó a delirar. Al principio, todo era normal, palabras sin sentido, algún sonido suelto...De repente todo cambió. Empezó a emitir una especie de alarido ronco desde el fondo de la garganta. Era un sonido largo y continuado, con una especie de eco marino, que cada vez se hacía más y más fuerte. Los temblores iban en aumento, y su aspecto era cada vez peor. Manrique intentó calmarla, pero no parecía oírlo.

-Esto no es una mujer normal. Trae mi bolsa, corre, y dile a Diego que venga enseguida.

No hizo falta lo segundo, Diego irrumpió en la habitación.

-¿Qué pasa? ¿Qué son esos gritos?

Se quedó mudo. Lope intentaba sujetar a la chica, mientras ella se debatía entre terribles sacudidas. Sus aullidos eran cada vez más intensos y desgarrados.

-Ayúdame a sujetarla, antes de que se haga daño. Este asunto cada vez me gusta menos. ¡Manrique! ¿Viene mi bolsa o qué?

El muchacho entró apresuradamente con una bolsa de tela gris, una especie de petate. Cuando atravesó el umbral, se quedó paralizado. Entre los dos casi no podían sujetarla, y eso que se suponía que estaba débil.

-No te quedes ahí. Ocupa mi puesto.

Manrique volvió de su universo, e hizo lo que se le decía. Era muy difícil de sostener, cada vez se movía más, y su lamento resultaba insoportable. Unas gruesas lágrimas le resbalaban por las mejillas, y sus movimientos eran bruscos y desesperados. Se aferró a Manrique como si le fuera la vida en ello. No paraba de balancearlo de un lado a otro, y lo miraba fijamente, pero no lo veía.

Lope sacó de su bolsa un extraño instrumento de viaje, una cajita con una cuerda montada sobre unos soportes de madrera. Ajustó el puente móvil hasta lograr la longitud de cable deseada. Luego respiró hondo.

-Por favor, que funcione-murmuró

Rasgó la cuerda una vez. El sonido era limpio y claro, tenía un efecto armonizador. La voz de la joven se

disolvía en él poco a poco, permitiendo a los demás entender sus palabras.

-No, no te vayas...ahora no puedes salir...más tarde...trataré de salir de esta sala...no, no te duermas...no puedes rendirte ahora...Ruy...

-Pregúntale qué necesita.

-¿Yo?

-Es a ti a quien confunde con otro.

-¿Qué...qué es lo que nos hace falta?

-...espacio...aquí no puedes salir...

Lope cogió a la muchacha y la llevó hasta el comedor de la tropa, tendiéndola sobre la mesa. Al instante, empezó a desprender unas partículas de luz blanca que iban concentrándose sobre su abdomen. Cuando hubieron formado una esfera pequeña, ésta empezó a girar en espiral, dejando una estela blanca y plateada. Giraba cada vez más deprisa, ampliando el diámetro de los círculos que la formaban, hasta que abarcaron toda la habitación. Hubo un desorden tremendo. Se vieron obligados a ponerse a cubierto a causa del vuelo de objetos y el derroche de luz. De repente, todo cesó. Cuando volvieron a mirar, la chica tenía mucho mejor aspecto. Habían cesado los temblores y ya no emitía sonido alguno. No podía decirse lo mismo de su recién aparecido compañero. El muchacho yacía en el suelo, inconsciente y con graves muestras de haber sufrido golpes y contusiones, pero eso no era lo más preocupante. Tenía una flecha clavada en el pecho.



Pedro todavía temblaba cuando se sentó al regresar de su guardia en La Umbría. Recordaba aquel horrible alarido de dolor que, de repente, había irrumpido en el bosque, ocupándolo todo. No había pasado más

miedo en su vida. Intentaba contárselo a Diego, pero apenas podía concentrarse en articular las frases.

-En San Isidoro tocaron a completas un poco después. Eso fue lo que me devolvió a la tierra.

-Aquí no se ha escuchado nada, y es extraño, porque las campanadas sí que las oímos. Sonaron justo después de sacarle la flecha al chico. El pobre estaba tan débil, que ni siquiera se quejó, y tenía motivos, mira.-dijo mostrándole la punta de la saeta.

-Una flecha dentada en estrella ¿Qué querían hacer, reventarlo? Por cierto ¿Cómo está ella?

-Ahora duerme, las fiebres han remitido en cuanto apareció él. No sé, ha sido todo muy raro. Ahora sólo nos queda esperar. Si pasa de esta noche, se pondrá bien. Ha tenido mucha suerte, la herida aún no se había infectado. ¿Alguna otra novedad?

-Aparte del grito no. Pero el ambiente se percibe extraño, están pasando cosas.

-Espero que esta noche no, estoy demasiado cansado. Debo irme ya. Lope tiene que marcharse. Patrullaré hasta el alba, después que me supla Manrique.

-Bien. Iría yo, pero no creo que aguante una tercera guardia.

-No te preocupes, bastante has hecho. De todos modos, salir me vendrá bien. Ahora estoy demasiado abrumado como para dormir.

Diego se puso la capa y recogió sus cosas, se ciñó la espada, la daga y la aljaba, cargó con su arco y su escarcela, y se volvió para marcharse.

-Diego...

-¿Sí?

-Cuidate.

-Claro.

Sonrió a Pedro y salió por la abertura lateral que había oculta en la roca. Daba a lo que parecía un nido de águila, en lo alto de una cima peñascosa.

Le sentó bien el aire fresco. Se asomó al borde del abismo y miró a lo lejos, a La Umbría. Los bosques ojeaban rítmicamente bajo un exultante manto de estrellas. Extendió las alas. Surgieron de debajo de sus ropas, atravesándolas sin que los tejidos opusieran resistencia alguna. Eran permeables a la pluma. Se dejó caer con suavidad, planeando, dejándose llevar por las corrientes hasta alcanzar, sin ser visto, su zona de patrulla.



Pedro fue a relevar a Manrique, si tenía que partir al alba, era mejor que durmiera. Él podía hacerlo más tarde, descansar un poco mientras los heridos dormían, bastaba con sentarse junto a ellos, y vigilar que no sufrieran cambios. Eso podía hacerse sentado, era de agradecer.

Los habían cambiado de habitación. Siendo tan pocos, era más fácil atenderlos si estaban juntos. Era un poco más amplia que la anterior, con dos camas, una junto a la otra, y una cómoda en el centro. También había sendos baúles, a los pies de los lechos, para que los ocupantes del cuarto pudieran guardar sus pertenencias. Estaban vacíos. La cajita con sus cosas estaba sobre la cómoda, de modo que, si alguno de ellos despertaba, pudiera verlas. A la izquierda, junto a la cama, había una bandeja con medicinas. Junto a ella, paños limpios por si tenían que curarle la herida. Pedro cogió la butaca del capitán y una banqueta del comedor, y se dispuso a pasar allí la noche, tapado con una manta. Estaba a punto de dormirse, al despuntar el día, cuando la joven despertó.

-¿Cómo está?

-Tu compañero está bien, algo débil. Lo peor ha pasado ya. Puedes verlo si te incorporas, duerme en la cama de al lado.

La muchacha se sobresaltó, al ver el cárdeno vendaje en el pecho del joven que dormía.

-No te asustes-respondió su anfitrión-No es sangre. Es raíz del traidor.

Ella se relajó tras averiguar que las manchas eran de cicatrizante.

-¿Y nuestras cosas?

-Están sobre la cómoda. Diego las puso en una caja.

-¿Diego es quién nos ayudó?

-Sí.

-Entonces habrá visto...

-¿La carta? Sí. Está junto a lo demás. No debes preocuparte.

-¿Habéis visto la carta y nos habéis ayudado?
¿Quiénes sois en realidad?

-Sólo somos guardabosques.

-Pero...tu compañero tenía alas.

-Todos aquí las tenemos.

-¿Cómo es que no puedo verlas?

-Son retráctiles, igual que tus garras.

La muchacha guardó silencio unos instantes. Le pareció que no estaba en situación de preguntar demasiado. Finalmente, solicitó una última información, dispuesta a atenerse a las consecuencias.

-¿Qué sois?

-Yo podría hacerte la misma pregunta ¿No crees? El chico es un dragón, de eso no nos cabe duda, pero tú...no tenemos ni la menor idea. Si algo está claro, es que no eres normal, en vista de lo que sucedió anoche.

-Soy su hermana. Los dragones gemelos pueden fundirse. Eso fue lo que viste anoche.

-En realidad no, estaba de guardia. Pero...si eres un dragón ¿Por qué no te defendiste como tal? No te esperaban. Hubieras acabado con ellos enseguida.

-Los dragones fundidos no pueden transformarse. Algunos podemos sacar las garras, y eso apenas. Además, me estaba recuperando, el proceso de fusión tiene un lapso. Mi hermano me cayó encima como el pensamiento, fue demasiado brusco, no me dio tiempo a reaccionar. Ya te he dicho lo que soy. Ahora te toca a ti.

-Soy un eólida.

-¿Un eólida has dicho? Os estábamos buscando. La carta va dirigida a uno de los vuestros. Por eso nos encontraron, Rodrigo se transformó para poder avistar la alcazaba.

-¿Rodrigo es él?

-Sí.

-Aún no me has dicho tu nombre.

-Lo siento. Me llamo Leonor.

-Yo Pedro. Encantado de conocerte.

Se lo quedó mirando unos instantes, sonriendo débilmente, antes de seguir hablando.

-Es curioso.

-¿Qué?

-Nuestro mentor nos describió la alcazaba, pero no nos dijo cómo erais.

-Muy pocos lo saben. La mayoría nos cree sólo una leyenda. Es mejor así, eso nos permite vivir en paz.

-¿Cómo podría localizar a quién busco?

-Dime su nombre, si te han mandado hacia aquí, debe ser de nuestro clan. Seguramente lo conozco, de no ser así, le preguntaremos al capitán. Él sabrá cómo encontrarlo.

-José Urrea Calatrava.

del sueño. Lo observaba todo claramente, pero había abandonado toda participación activa. Todavía podía sentir el frío, y el sudor provocado por su lucha contra aquella masa de nubes negras, pero todo lo que se mostraba ante sus ojos, parecía ignorarla por completo.

Estaba de pie junto a su compañero, un hombre barbado, joven y fuerte, de porte elegante y aspecto agradable. Llevaba una loriga de anillas que le protegía hasta las rodillas, calzón marrón cubierto por perneras, y botas altas de viaje. Sobre la loriga, llevaba una lujosa camisa azul, ricamente bordada con hilos de argento, y una casaca de cuero labrado, sin mangas, cerrada con trabajadas hebillas de plata.

El hombre de negro le exigió sumisión, pero él no se rindió. A pesar de estar rodeado por todo un ejército, y de tener a sus hombres muertos a los pies, se negó a someterse a su enemigo.

-Mátame-dijo-pero no pienso entregarte a mi pueblo.

Su inquietante adversario se enfureció, e hizo retroceder a sus tropas.

-Eso lo veremos.

Acto seguido, pronunció unas extrañas palabras que Leonor no alcanzó a comprender, pero que hicieron que se le helara la sangre. Un rayo de luz espectral salió de su mano extendida, y fue directa al corazón de su enemigo que retrocedió, llevándose las manos al pecho ante el impacto. En sus límpidos ojos azules brillaron el terror y la sorpresa.

-¡Ahora arrodíllate!

El hombre de azul miró desconcertado a su agresor. Se movía ahora lentamente, con las manos pegadas al pecho, como si sintiera un terrible dolor.

Parecía agarrotarse despacio, como adormecido por alguna extraña droga de oriente. Estaba tan pálido, que hasta sus hermosos cabellos castaños empezaban a perder el color.

-Jamás – dijo con un hilo de voz, mientras se erguía trabajosamente para conseguir mantenerse en pie.

El hombre de negro repitió de nuevo aquel extraño conjuro, con mucho más odio y rencor que antes. El halo de luz fantasmal envolvió a su enemigo, dejándolo completamente petrificado. Una espesa capa de escarcha cubrió su cuerpo y, poco a poco, empezaba a ocuparlo todo. En apenas unos segundos, ya no se le podía ver. El valle se estaba cubriendo de hielo.

El agresor se retiró con sus tropas, triunfante a pesar de no haber logrado su objetivo...de momento. En un par de horas, habría terminado también con la Reina, y con un heredero del que casi nadie conocía la existencia.

Alguien entró en la habitación. Llevaba una bandeja con alimentos. No recordaba haberla visto antes. Desde que se desmayara, tan sólo era consciente de haber hablado con Pedro. Ni siquiera podría reconocer a su salvador, aunque esperaba tener ocasión de darle las gracias. La mujer de la bandeja le sonrió y se acercó a su lecho. Llevaba un uniforme de rastreo, similar al de los otros eólicas, pero sus acabados eran distintos. Parecía tener una graduación o categoría diferente a ellos.

-Veo que ya te has despertado. Soy Aldonza, el médico de la compañía. ¿Qué tal te encuentras?

-Me duele todo-sonrió-Aunque dado lo ocurrido, supongo que es lo menos que podía pasarme-echó una mirada a su hermano-¿Cómo está él?

-Mucho mejor, los chicos hicieron un buen trabajo. Diego es realmente bueno con las curas. En manos de otro, probablemente no se hubiera salvado. Todavía no entiendo cómo es que no se infectó la herida. Pasó mucho tiempo antes de que lo atendieran.

-Yo hice de filtro, me interpuse entre la herida y la enfermedad, alejándola del cuerpo de mi hermano. De ahí mis fiebres. Para nosotros es un proceso natural, pero no todos pueden hacerlo.

-Sois muy curiosos ¿sabías?

-Vosotros también me lo parecéis a mí. ¿Puedo levantarme ya?

-Primero tienes que comer algo. Te he traído un vaso de *leche mal cozida* y un poco de pan de centeno. Te sentará bien, también he traído un cordial para el dolor. No tienes lesiones, pero debes estar molida.

-Bastante, pero tengo algo importante que hacer.

-¿Te refieres a la carta?

-Veo que las noticias vuelan.

-No lo tomes a mal, el capitán dio órdenes de que se te condujera a su presencia en cuanto estuvieras en condiciones.

-¿El capitán está aquí?

-Sí, pero tienes tiempo de desayunar. Ahora está reunido con su esposa.

⌘⌘⌘⌘⌘⌘⌘⌘⌘⌘⌘⌘⌘⌘⌘⌘⌘⌘⌘⌘⌘⌘⌘⌘

La esposa del capitán era una mujer delgada y elegante. Tenía el cabello castaño y lo llevaba recogido con sencillez en la nuca. Sus ojos, grandes y expresivos, eran de un agradable color avellana, y destacaban sobre su fino y ovalado rostro. Sus ropas y sus gestos eran sobrios, y su talante, educado y sutil, escondía a la perfección un carácter decidido y enérgico.

Estaba apoyada en el reposabrazos. En la misma butaca en que su esposo se hallaba sentado. Le encantaba colocarse así, junto al fuego, en el mismo sillón, con la espalda recostada en uno de los laterales

del respaldo. En esta ocasión, se la veía preocupada. Escuchaba a su marido con atención, en espera de que alguna de sus palabras le descubriese aquella verdad, que ella tan solo intuía.

-Hay algo extraño en todo esto, Jimena, parece como si todo quisiera volver a su sitio.

-Quizá finalmente sea el momento. Hemos esperado veinte años, ¿No te parecen suficientes?

-Me parecen demasiados. Durante todo este tiempo no parecía que fuera a cambiar nada. Ese maldito Emperador ha hecho estragos entre la gente. Primero desaparecieron los dragones, y con ellos, todo ser viviente que osara oponerle resistencia. Somos afortunados. No parece saber de nuestra existencia.

-A lo mejor es que no le interesa conocerla. Recuerda que, para muchos, somos tan solo una leyenda ¿Qué clase de poder le comportaría someter a una sociedad fantasma? De todos modos, no dudo que nos tenga estrechamente vigilados. Sobre todo, después del incidente de Diego con sus tropas.

-Supongo que tienes razón, pero ¿Qué otra cosa podía hacer?

-No estoy criticando su conducta, sólo digo que podría causarnos problemas. ¿Hay más noticias al respecto?

-No, por el momento Lope no ha mandado ningún otro informe.

-Con suerte no nos habrán identificado. ¿Y los mensajeros?

-Parece que siguen durmiendo. Pensaba que ya no quedaban dragones. Debe de ser algo muy grave, si andan metidos en esto, siempre se han mantenido al margen.

-Desde luego, pero eso no hace más que confirmar tus sospechas. Concédete un poco de tiempo –José la miró desde abajo con sorna-un poco MÁS de tiempo...ya verás como todo se recoloca. Además, después de tantos años, no nos viene de ahí.

El capitán se recostó en la butaca y suspiró. Le costaba controlar su impaciencia en un asunto de tales magnitudes. Tomó entre las suyas la mano de su mujer, y la besó.

-No sé qué haría sin ti. Me alegro de que hayas venido.

-Lo sé – sonrió-y más te vale que te sigas alegrando, porque pienso venir más a menudo. No me gusta la idea de que estés por ahí tanto tiempo sin nadie que te vigile.

-¿Te parece poco tu hijo? No me hagas hablar, que bien pudiera decir yo otro tanto...

Jimena sonrió.

En ese preciso momento, Aldonza se presentó ante su superior.

-Disculpe si le molesto, señor, pero la chica se ha despertado. Desea veros cuanto antes.

-Está bien, hazla pasar. Por fin vamos a saber lo que ocurre.



Aldonza había abandonado la sala, dejando a Leonor junto a sus cosas. No faltaba absolutamente nada. Allí estaba la comida, los odres de agua, la ropa de repuesto...En una esquina de la caja había otra más pequeña con los utensilios de menor tamaño. Navajas de viaje, monedas, mapas...con ellos estaba la carta, completamente intacta. Leonor respiró aliviada, tomó el pergamino lacrado, y descubrió, tras él, su colgante, junto al que su hermano le había dado, antes de transformarse, para evitar perderlo.

Leonor tomó el suyo y se lo puso. Era un hermoso garce de ámbar verde con una cadena de

plata. En el interior, se intuía una forma ovalada, probablemente una hoja cautiva del líquido fósil. El de Rodrigo, que seguía en la caja, era prácticamente igual, solo que de tonalidades un poco más claras.

Echó una ojeada a su hermano. Dormía. Sonrió mientras enredaba con delicadeza los dedos en su fino cabello castaño, luego, los pasó con suavidad por su rostro y lo besó en la mejilla.

Aldonza entró, de nuevo, en el aposento.

-Te llevaré junto al capitán.

Leonor asintió. Salió tras ella intentando ubicarse, observando cada minucia al detalle, mientras atravesaban el pequeño pasadizo en silencio. No era un recinto muy grande, apenas un puesto avanzado, sin embargo, era un lugar confortable. Excavadas en la roca, estaban las habitaciones de los soldados. No contaban más de dos plazas, dependiendo de la solidez de la piedra. Por lo que podía verse desde el corredor central, todas disponían de alguna suerte de lucerna que permitía su iluminación natural. El recinto, pese a su aparente sencillez, era una verdadera obra maestra de ingeniería. Tenía cabida para unas diez personas, aunque la compañía se reducía a siete, ocho contando a Lope, que trabajaba de incógnito.

Dejaron el pasillo, y salieron a la sala principal, la misma en que Rodrigo apareciera por primera vez ante los eólicas, al menos en su forma humana. En la estancia, había una gran mesa de madera y banquetas para sentarse. Un par de tapices adornaban las paredes y, en uno de los laterales, donde la habitación se hacía más ancha, había una hermosa chimenea de piedra. Leonor pensó, en un principio, que el humo que pudiera desprender al exterior, delataría la presencia de las tropas, pero los eólicas eran previsores y meticulosos. La torre estaba excavada en una cima peñascosa, rodeada de nieblas perpetuas, por lo que los vapores del fuego se

confundían, desde el exterior, con los caprichosos jirones nebulosos que rodeaban permanentemente la cumbre.

El capitán estaba sentado junto al fuego, en una butaca, al lado de su esposa, que seguía apoyada en el reposabrazos.

-Capitán, ésta es la chica.

Leonor se adelantó y saludó con una discreta, pero correctísima reverencia. Sus movimientos eran precisos y armónicos. Cualquiera que hubiera conocido a alguno, no tendría la menor duda de que se trataba de un dragón.

-Señor, mi nombre es Leonor Jiménez Aliaga, pertenezco a la Casa del Mar. Os traigo un mensaje de mi mentor.

Tendió la carta a José, que hizo ademán de que se sentara. Sacó el lacre con cuidado, entre sorprendido e intrigado. La carta estaba escrita con una extraña tinta plateada que mudaba de color según le daba la luz.

-Nunca había visto nada parecido... ¡La tinta de la verdad!

El oficial leyó detenidamente aquella misteriosa misiva, y sonrió al reconocer la firma.

-Siempre supe que ese hombre era especial. Estábamos en lo cierto. Las cosas vuelven a su lugar. Muchacha, tú y tu hermano habéis sido puestos a mi servicio. Debo adiestraros para servir debidamente al rey. El entrenamiento comenzará en cuanto sea posible. Aldonza te proporcionará cuanto necesites.